



PROGRAMA LIBROS Y CASAS

---

# Bajo sospecha

---

Relatos policiales

---



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura  
Presidencia de la Nación  
Argentina

“Yo creo que me ligué con la novela negra a partir de Chandler y a partir de una colección muy potente que dirigieron Borges y Bioy Casares [...]. De pronto empecé a descubrir a los escritores europeos que me revelaban un mundo en el que yo vivía: historias duras, siempre un poco marginales, marginales aun para la gente que cumple las leyes. Cuando los que tienen que asegurar el cumplimiento de las leyes no lo hacen, lo que te queda es el camino de la marginalidad”.

Raúl Argemí

## Raúl Argemí

Buenos Aires, 1946

---

Con la vuelta a la democracia luego de la última dictadura cívico-militar, recupera su libertad y se dedica al periodismo: trabaja para *Claves* y *Le Monde Diplomatique*. En 1996 publica su primera novela *El Gordo*, *el Francés* y *el Ratón Pérez* y en el año 2000 se radica en España, donde comienzan a publicarse y traducirse a varios idiomas sus novelas y sus cuentos forman parte de distintas antologías de cuento policial. Si bien obtuvo varios premios, en 2005 el festival de novela policial más importante de habla hispana, La Semana Negra de Gijón, le otorga el premio Dashiell Hammet por *Penúltimo nombre de guerra*; ese mismo año se publica *Patagonia Chu Chu*. Siguieron *Retrato de familia con muerta* (2008) y *El ángel de Ringo Bonavena* (2012), entre otras.

# El caso del astrólogo, el muerto y curiosos sincretismos

---

**E**L PRIMER HECHO, QUE PASÓ desapercibido, se produjo sobre la calle Don Bosco, a la altura de la vieja fábrica de pastas: una mancha de aceite y querosén emporcando las baldosas de la vereda.

El segundo hecho llamó la atención solo de los vecinos del barrio Las Viñas. Sobre el límite norte del barrio, junto a la acequia que corre entre álamos, apareció el paquete que se encargó de descubrir el primer perro que esa mañana salió acompañado de su dueño. Mal envueltos en hojas de diario estaban los restos de un pollo colorado, y algunas otras cosas. En rigor, del pollo quedaban la cabeza, con la cresta descolorida por el desangrado, y las garras. Ni plumas ni carne, pero sí unos cabos de velas y unas bolas aplastadas de poroto negro, tintadas de amarillo por una sustancia grasa que no reconocieron ni el perro ni el vecino que lo acompañaba.

---

**Sincretismo**

*Fusión o unión de corrientes de pensamientos o ideas diferentes.*

---

**Emporcar**

*Llenar de porquerías un lugar.*

---

**Acequia**

*Canal que conduce agua.*

El tercer hecho ya no fue algo para permanecer indiferente. El hombre apareció muerto cerca de la orilla del canal de riego, en un baldío tierra de nadie pegado a la universidad. Entonces entró en acción la policía.

---

**Pavor**  
*Miedo.*

El hombre estaba desnudo, con una expresión de pavor o de furia congelada en el rostro y en posición fetal. Lo que dio motivo para varias fotos que fueron publicadas, cuidando el ángulo por cuestiones de recato, en el periódico local.

Durante varios días no se podía hablar de otra cosa en Fisque Menuco. Pero, como todo, llegó el tiempo de olvidarlo, y se olvidó. A lo que contribuiría la investigación policial, que se desgastó entre la rutina y la perplejidad. Como tantos otros hermanos de especie, el expediente pasó al juzgado de turno para dormir en un estante hasta que el tiempo lo enterrara en polvo.

---

**Perplejidad**  
*Asombro, desconcierto.*

Solo que en ese caso intervino el destino, con forma de casualidad.

Era verano. Enero. Un mes que los chistosos suelen apodar “el borracho”, porque no tiene un día fresco. Y en el verano de Fisque Menuco, una de las ciudades más grandes del norte de la Patagonia, lo que no quiere decir mucho, hay dos clases de gentes. Unos, los que se tienen que quedar, atados a la cosecha de fruta; otros, los que huyen hacia el Atlántico, a remojarse en el mar.

Entre los últimos siempre están los funcionarios y dirigentes políticos, con lo que las noticias de actualidad disminuyen en grado proporcional al calor, y el periódico aprovecha para dar vacaciones a la mayor parte de sus cronistas.

Esto no tendría importancia para esta historia si no fuera que, cuando apareció el cadáver, en la sección Policiales no estaba ninguno de los titulares, y los suplía el astrólogo. Un astrólogo de pueblo –sin el valor agregado de los famosos– que normalmente escribía predicciones más o menos probables, y notas que vinculaban ritos esotéricos y ovnis por partes iguales: historias destinadas a rellenar los espacios muertos del suplemento dominical.

---

**Esotérico**

*Que solo iniciados pueden observar.*

---

El astrólogo era todo lo racional que puede ser un astrólogo, pero, además, era un pesado. Una de esas personas nacidas para misioneros en tierras de caníbales,

---

**Espetar**

*Atravesar la carne con una varilla larga y en punta.*

que insistirán con su prédica hasta que los espetonen en una rama verde y los pongan a dar vuelta y vuelta sobre un buen fuego de leña. Lo que no ayudó a que pudiera convencer al jefe de redacción de que detrás de “El muerto de la Universidad”, como había sido titulado el caso en un arranque de originalidad periodística, algo olía a podrido.

A su jefe le era suficiente, le alcanzaba, el dictamen del forense de la policía. Sobre todo porque al muerto no lo conocía nadie. En otro caso no se hubiera conformado, porque sabía que en Criminalística nunca funcionaba el aire acondicionado y que, como una compensación demoníaca, en la morgue hace un frío imposible de creer. Razones dos para que el forense completara su trabajo siempre a la disparada, a caballo de los sofocos de su escritorio y el tiritar de la morgue.

Si el muerto hubiera sido conocido en Fisque Menuco, el natural escándalo de pueblo no se habría extinguido

tan fácil. Pero el informe incorporado al expediente que llegó al juzgado se limitaba a señalar que era de sexo masculino, entre veinticinco y treinta años, cobrizo, con rasgos que podían ser negroides o bolivianos, y que ha-

\_\_\_\_\_ *Dactiloscopia  
Sistema de  
identificación  
mediante la  
comparación de  
huellas digitales.*

bía fallecido por paro cardiorrespiratorio. La identificación por su ficha dactiloscópica no había dado resultados inmediatos y, remitido un juego de copias a Buenos Aires, se esperaba su confrontación con las bases de datos nacionales y de extranjeros en tránsito. Lo que quería decir, en términos de crudo realismo político que, tal vez, algún día, con mucha suerte, podía llegar una respuesta desde la maraña burocrática policial.

Lo más probable era, eso pensaba el jefe de redacción del periódico local, que se tratara de uno de los tantos temporeros que llegaban desde cualquier parte, incluidos los países limítrofes, para la cosecha de la pera y la manzana. Alguien que en una bronca de vino malo había caído en una pelea. Alguien imposible de identificar, y que a nadie le importaba un carajo.

—No hay signos de violencia, jefe —argumentó el astrólogo, clavando la punta de su birome en la libreta cuajada de apuntes.

—Bueno...

Dijo el otro, que detestaba que interrumpieran sus fantasías de playa y tragos largos bajo la sombrilla.

—Entonces alguno lo descubrió en la cama con su mujer y lo mató de un susto. Estaba en pelotas. ¿O no? La gente no anda en pelotas por la calle. Salvo en las películas italianas, cuando los sorprende el marido cornudo y

salen corriendo por la ventana. ¡Pero vos qué vas a saber de películas italianas!

—Jefe... —Era tozudo el astrólogo—. Algo huele mal en este asunto, hay una mano negra.

Para sostener esa hipótesis, el suplente de Policiales había esgrimido sin resultados el cuento de su vecino en el barrio Las Viñas: el hallazgo de los misteriosos restos de pollo por un perro entregado a sus evaluaciones matutinas. Al otro lado de la acequia, haciendo una diagonal de unos ciento cincuenta metros, estaba el baldío donde apareció el muerto, y un poco más allá, la universidad.

---

**Esgrimir**  
*Manejar armas blancas para defenderse, en este caso, una idea.*

—Lucio, querido... —murmuró el otro, porque al fin de cuentas el astrólogo, como cualquier bien nacido tenía nombre: Lucio Bebilaccua—. No quiero oír una palabra más sobre ese podrido muerto. Date una vuelta por la comisaría, a ver si tienen presos nuevos, y si no hay nada te vas hasta los bomberos, y te escribís algo sobre los incendios de pastos, que con el calor que hace nunca fallan.

—Jefe... —quiso insistir el astrólogo, pero optó por la retirada, porque el otro había empezado a deshacer el cigarrillo con el que jugaba desde hacía un rato, y la gente que se empeña en dejar de fumar suele ponerse violenta.

Hechos, todos, que sumó la casualidad y que contribuyeron a que Lucio Bebilaccua, sin preparación previa, se embarcara en una investigación por su cuenta y riesgo. Cuenta y riesgo que iban a demostrarse de una virtualidad rigurosa.

En principio, a Lucio se le puso en la cabeza que el muerto tenía que ser de origen brasileño, básicamente

porque la descripción del forense, que lo clasificaba como “negroide o boliviano”, era un disparate. O tenía rasgos de negro o tenía cara de indio, y como en la zona hay indígenas mapuches y también bolivianos, si hubiera sido indio era difícil que nadie supiera de él.

En realidad tampoco tenía argumentos sólidos para pensar en un brasileño, porque los de ese origen en Fisque Menuco son material destacadamente exótico. Pero tuvo un palpito, una corazonada, y guardándose de demostrar su falta de fe en todo lo que no fuera la predestinación numérica de los astros, concurrió a consultar a la única tarotista con la que conservaba buenas relaciones.

La mujer tenía, tiene aún hoy, una tienda de venta de lanas y trebejos para tejedoras sobre una calle céntrica. Nadie, salvo que padezca algún desequilibrio grave, teje en pleno verano. Sin embargo, siempre había una o más señoras barajando ovillos de colores, como si no tuvieran prisa. Y fue lo que tuvo que hacer el astrólogo: entretenerse mirando lanas hasta que le tocó el turno de pasar al cuarto trasero, donde la tarotista lo recibió con el ventilador a tope y una fuerte dosis de desconfianza.

—¡Ja! —dijo, recitando una versión libre del *Martín Fierro*—. ¡Hasta el bagual más bagual cae al jagüel con la seca!

Lo que en un castellano más comprensible quiere decir que hasta el caballo más arisco recurre al pozo de agua cuando aprieta la sed; consonancia más, asonancia menos.

—Entre bomberos no nos vamos a pisar la manguera —retrucó el astrólogo, sarcástico, invitándola con cigarrillos.

La mujer, unos setenta años camuflados de cuarenta y algo, aceptó un cigarrillo y comenzó a extender las

cartas sobre el mantón de Manila que cubría la mesa de tres patas.

—Necesito información—precisó Lucio—. Vos te enterás de todo y me podés dar una mano.

—Mientras no sea algo que atente contra la confidencialidad de mis clientes, puede ser...

—Tus clientes son de Fisque Menuco, y yo quiero saber de brasileños que anden por la ciudad. Si están vinculados con ritos satánicos, o cosas por el estilo, mucho mejor.

—Acá está —la mujer señalaba dos cartas con una uña pintada de verde—. Acá hay un muerto, y es extranjero. No tendrías que meterte con historias de muertos. Son como un imán, te atraen hasta llevarte con ellos.

Lucio Bebilaccua se sintió tentado de decirle que ella sabía que él había escrito sobre “El muerto de la Universidad”, y que le estaba haciendo un cuento de gitanos, pero optó por hacerse el distraído.

—Me conformo con brasileños vivos. ¿Sabés de alguno?

—¿Si sé de alguno? ¡Ya me tienen podrida!

—¿...?

—Son y no son —acotó, enigmáticamente.

—A ver...

—Umbanda —aclaró—, solo que los de acá son argentinos. De vez en cuando les cae de visita alguno de Brasil, pero los de Fisque Menuco son “made in casa”.

—Umbanda...

—Sí, le llenan la cabeza a la gente con supersticiones tropicales llenas de tambores, y me roban los clientes.

—Entiendo...

La mujer apoyó los codos sobre la mesa, resignada a confesarse con un colega:

—No te dejan vivir, Lucio. Además de todas las iglesias protestantes, y los curas que sacan limosnas de cualquier rezo, ahora los umbanda con todo el circo: cantitos, bailcitos, pollos degollados, caracoles para adivinar la suerte y hasta santas más putas que las gallinas. Competencia desleal. Eso es lo que es.

—Y vos decís que los santeros umbanda...

—Yo no digo ni que sí ni que no. Lo que sí te puedo decir es que hacen magia negra, y que en cualquier momento se degüellan con la competencia.

—¿La competencia?

La tarotista sonrió un instante achinando los ojos:

—Te sentís muy inteligente haciendo preguntas a lo detective, ¿no?

—Estoy investigando para el diario. —Sintió la necesidad de justificarse.

La mujer se atusó el pelo en un gesto automático, como si en cualquier instante fuera a irrumpir el fotógrafo del periódico, pero enseguida dijo:

—Si no me nombrás, me hacés un favor. No quiero tener más enemigos.

Y consultó su reloj de muñeca, como para que quedara claro que esperaba a un cliente y su tiempo había terminado.

—Lo último y me voy —dijo Lucio—. ¿Quién es la competencia de los umbanda?

—Los seguidores de San Lamuerte.

—¿San Lamuerte? Ese es un culto popular de Corrientes y Misiones.

—¡Ja! Te olvidás que correntinos y misioneros vienen a trabajar en la fruta, y a veces se quedan.

—San Lamuerte... Se sabe poco de eso, y que estén por acá, primera noticia que tengo.

—Que no va a ser la última. Te voy a dar un dato y después me dejás trabajar tranquila.

—Hecho...

—¿Conocés a la Coca Menéndez?

—Es una concejal. Ahora reemplaza al intendente; después de que el tipo tuvo un accidente en la ruta y no se mató de pura suerte.

—¡Ahí está la cosa! La Menéndez era clienta mía, pero me dejó por los umbanda. Parece que ellos le hicieron un trabajo, un “abre caminos” para que suba en la política; y así está donde está.

—No me vas a decir que...

—Yo no digo esta boca es mía... Pero dicen que el intendente tiene un primo de Corrientes, y los de San Lamuerte le echaron una maldición a la Coca, porque los umbanda le provocaron el accidente. Magia negra. ¿Sabés dónde vive la Coca Menéndez? En la calle Don Bosco, enfrente de la fábrica de pastas. Todavía se puede ver en la vereda la mancha de aceite y querosén.

—El aceite y el querosén son parte de la maldición, querés decir.

—¿Yo? Yo no dije nada. Soy una mujer seria, una profesional. La gente habla porque el aire es gratis, pero... yo que vos iría a verla. Me contaron que la Coca está bastante asustada. Se lo merece por supersticiosa.

—Bueno, gracias por el dato —dijo, recogiendo los cigarrillos y apartando la silla.

—No quiero que te vayas sin decirte algo, porque después me pesa en la conciencia —murmuró la tarotista,

haciendo un círculo con las uñas verdes sobre las cartas echadas—. Cuidate del amarillo.

—¿Del amarillo?

—¡Carajo! ¿En qué hablo yo? Del color amarillo.

—Si no sos un poco más precisa, me voy a asustar de los semáforos.

—¡Querido...! —dijo, con un encogimiento de hombros y una gran sonrisa irónica—. No soy adivina, no puedo saber todo. Te cuento lo que me cuentan a mí las cartas: cuidadito con el amarillo.

La concejal, ascendida a intendente provisional, se encerró en una negativa sin resquicios, pero el astrólogo no estaba dispuesto a rendirse y jugó su última carta.

—Voy a ser sincero con usted, aunque no debiera decirselo: se trata de un caso de homicidio. Alguien vinculó a los santeros umbanda con el asesinato, y tirando del hilo salió su nombre. Más, parece que seguidores de San Lamuerte se la tienen jurada.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Yo qué les hice?

Coca Menéndez no es una belleza. Como resultado de una cuantiosa inversión en cirugías estéticas, le quedó una repulsiva cara de muñeca de porcelana, y la misma capacidad de expresión. Por eso mismo, cuando un tic, un rictus fuera de control comenzó a tironearle de la boca hacia el hombro izquierdo, el astrólogo temió que sufriera un ataque y sintió pena. Pero cuando alguien se propone hacer una investigación, es como si se revistiera de hierro, y se manifiesta más impiadoso que su índole habitual. Eso es comprobable en cualquier película de reporteros o policías.

Lucio, el suplente astrólogo, hizo un gesto hacia la calle e inventó a la medida de su conveniencia:

—En su vereda está la prueba. Cuando el sol termine de borrar el aceite y el querosén... —Junto con los puntos suspensivos estremeció la cabeza, negándose a seguir pensando—. Yo no creo en esas cosas, pero quién sabe...

—¿Qué quiere saber? —dijo ella con voz estrangulada.

—Quiero que me ponga en contacto con los santeros. Si puedo demostrar que ellos son inocentes, usted también lo es.

El cuasi silogismo del astrólogo hubiera sido acogido con desprecio en la peripatética Grecia de Pericles, pero para Coca Menéndez fue definitorio. Descolgó el teléfono y le hizo una cita con el “pae de santo” que llevaba el terreiro de Fisque Menuco. Fue tan convincente que el santero decidió que lo recibiría esa misma tarde.

Había un olor raro en la casa: a comidas y fritangas dulces. Tuvo que trasponer la puerta para convencerse de que no había equivocado la dirección, porque desde afuera parecía una vivienda más del barrio Quintupanal.

El pae de santo era un hombre bajito, canijo, que rondaba los treinta años. Rubio con ojos celestes, el astrólogo nunca lo hubiera confundido con un brasileño.

—Pase por acá —dijo, precediéndolo en una recorrida por la casa—, quiero que vea que no hay nada escondido.

En una de las habitaciones tenía un altar con una profusión de estatuillas de santos, casi todos ellos reconocibles por cualquier frecuentador de iglesias católicas, pero con los nombres cambiados.

---

**Silogismo**

*Razonamiento cuya conclusión es el resultado lógico de las ideas que se plantearon.*

---

**Peripatética**

*Doctrina filosófica de Aristóteles.*

---

**Pericles**

*Emperador griego (495-429 a. C.).*

—Oyyún... Iemanyá... el Caboclo... —fue presentando—. Pomba Yira... Oxhala... Xangó... las ofrendas.

Una mano con dos o tres destellantes anillos de piedras falsas, el único detalle que lo diferenciaba de un pequeño tendero, señaló los platos con comida, al pie de las estatuas de yeso. Algunas moscas se daban un banquete.

—Como ve, no tenemos nada que ocultar.

—No veo los pollos degollados —apuntó el incisivo Bebilaccua.

El hombre lo observó un instante, evaluando hasta dónde iba su conocimiento, pero al fin se decidió por el camino llano.

—Con la carne y *feijão preto*, lo que usted conoce como porotos negros, se preparan las ofrendas. Por supuesto, no puede faltar el aceite de dendé. Pero eso no es todo, venga por acá.

Y retrocedieron hasta el jardín delantero, apretado entre la casa y el muro de la calle. Allí el santero se inclinó ante un cajón con techo a dos aguas que Lucio había tomado por la casilla del perro, y abrió la doble puerta.

En el fondo se veía un diablo, muy rojo, con cuernos, cola y tridente, que parecía reír algo agazapado. A sus pies, en una cazuela de barro cocido, yacían las cabezas y las garras de dos pollos colorados, en un fondo de plumas y sangre cuajada.

—Es un eyyú —dijo, como si con eso fuera suficiente.

—El Diablo, quiere decir.

—No, no se confunda —se defendió el otro, cerrando con cuidado las puertas, después de espantar un par de

moscas atraídas por el olor dulce y un poco repulsivo—. Mejor le explico mientras tomamos una cerveza. Abajo de la parra vamos a estar bien.

Los sillones de caña a la sombra de la parra y el comienzo del atardecer hacían lo posible para olvidar el calor de enero. Unos mosquitos deambulaban entre las hojas. Cuando llegara la noche bajarían por cientos a tomar su cena del incauto que pasara por allí.

—Si tiene patas de perro, cola de perro y orejas de perro, es un perro —dijo Lucio refiriéndose a la estatuita colorada con impecable lógica de astrólogo.

—Es puro sincretismo —dijo el otro—. Los esclavos trajeron a Brasil sus cultos africanos, pero estaban prohibidos, así que los disfrazaron. Iemanyá, el espíritu de las aguas, se presenta como la Virgen, cualquier virgen de los navegantes; y así todo. A los eyyú, porque no es uno, sino que son incontables, les tocó esa pinta de diablos porque a veces hacen el mal.

—Entonces son diablos, los llame como los llame.

El santero hizo un gesto con la mano de los anillos, como si se reclamara paciencia, y continuó:

—El Diablo, el Demonio, Lucifer, es la encarnación del mal en estado puro. Le gusta, goza haciendo el mal. Los eyyú son otra cosa. Son intermediarios. Si usted les pide un bien, que le abran camino, que lo limpien del daño que alguien hizo caer sobre usted, lo hacen. Si les pide lo contrario, un daño o un “trabajo” contra alguien, también lo hacen. Pero no lo gozan, y hasta estoy seguro de que no les gusta. Son como un palo, o un cuchillo. ¿Qué culpa tiene el cuchillo de que usted lo use para hacerle daño a alguien?

—Está bien eso del cuchillo y el palo, no se me hubiera ocurrido.

—Me doy cuenta, pero usted no vino por una clase sobre los ritos umbanda. La concejal Menéndez me dijo que nos vincula con un asesinato y eso me preocupa, somos gente de paz.

—Verá...—dijo Lucio, abriendo y consultando su libreta.

En esos pocos días de suplente había aprendido que la gente siempre se pone a la defensiva cuando alguien revisa una libreta. Teme que alguno de sus secretos esté allí, en negro sobre blanco.

—Verá... se trata de “El muerto de la Universidad”. ¿Leyó algo en el diario?

—Se comentó bastante, pero la policía nunca nos preguntó nada.

—No se fíe, son de trabajar en silencio.

El hombre escanció en los vasos lo que quedaba de la botella y se pintó un bigote de espuma, a la espera.

—Por los rasgos, el muerto era brasileño —dijo Lucio— y desconocido en la zona. Un brasileño muerto, desnudo, y ustedes que de tanto en tanto reciben visitas de Brasil... es significativo.

El santero todavía aguardó un momento antes de hablar. Un momento que le alcanzó para saber que el astrólogo no tenía mucho más de lo que había expuesto. Lo que le permitió decir, ya más tranquilo:

—Mire, voy a colaborar con usted contándole lo que sé. El muerto no era brasileño. Por lo que pude saber es casi seguro que fuera guaycurú.

—¿Y eso... de qué religión viene a ser?

—No es una religión. Son indios, la raza madre de todas las tribus de Corrientes, Misiones y el Paraguay.

El astrólogo pensó un instante en la descripción del forense, que contemplaba la posibilidad de que fuera boliviano, o sea indio, y se quiso asegurar la fuente:

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo dijo?

—De eso no puedo hablar. Se sorprendería si supiera la calidad de la gente que viene a consultarme, a pedir ayuda. Funcionarios, políticos, empresarios, policías, hasta profesores de la universidad. Personas que tienen necesidad de descargarse, y que me cuentan cosas que suceden, o que se imaginan.

—Uno de esos le dijo que el muerto era guaycurú. Uno de la policía.

El hombre sonrió por primera vez abiertamente.

—¿Usted no afloja nunca, no? Lo que me contó o me contaron, uno, dos o tres, nunca va a saber cuántos fueron, más algunas sospechas que ya tenía, me hicieron pensar que era guaycurú.

—Me gustan las sospechas. Siempre tienen algo de verdad. ¿De quién sospecha?

—Nosotros no hacemos magia negra —comenzó el otro, aclarando por las dudas—. Podemos hacerla, tenemos el poder necesario, pero no hacemos magia negra. Ahora... hay otra gente que no tiene esos escrúpulos. Supongo que oyó hablar de San Lamuerte.

—Es un culto del norte, pero me han contado que acá también se practica.

—Dos por tres nos embadurnan el frente con esa mezcla de aceite, querosén y vaya a saber cuánta porquería más. Por suerte estamos protegidos contra los daños.

Lucio se dio tiempo para tomar un par de apuntes y luego miró con fijeza la botella de cerveza vacía, pero el otro no se dio por aludido:

—A ver si lo entiendo bien: usted insinúa que los de San Lamuerte lo mataron con magia negra. No me gustaría que me tome por mal educado, pero, qué quiere que le diga; la magia negra... en fin.

—Pensemos juntos —dijo el santero, con un tono cansadamente didáctico—. ¿El muerto tenía cuchilladas, tiros, patadas, veneno?

—Muerte por paro respiratorio y del corazón.

—Ya ve. Se le dio vuelta.

—¿...?

—El “trabajo” se le dio vuelta. Le explico. Como le decía, los eyyú son intermediarios. Si usted les encarga un daño, ellos lo hacen, pero si el otro está protegido, no se quedan con el daño; le devuelven el trabajo.

—Los eyyú...

—En todos los cultos hay intermediarios. Salvo que nosotros somos una religión verdadera. Si quiere decirlo de una manera sencilla: organizada. Cuando se recurre a fuerzas sin control, sin la garantía de los eyyú, los trabajos se dan vuelta mucho más fácil. El muerto no tenía nada que ver con nosotros. Estoy seguro de que era un guaycurú adepto a San Lamuerte.

Para Lucio Bebilaccua ya era suficiente. Lo resbaloso, impreciso, de ese cruce de supuestas magias letales lo sumergía en un desconcierto poco habitual para alguien que creía a pie juntillas en la racionalidad de las constelaciones.

De todas maneras, ya que estaba, y como para no entrar en contradicción con el principal aspecto de su personalidad, insistió:

—Se ha comentado que de vez en cuando aparecen por ahí, en potreros o pastizales, unos paquetes misteriosos con cabezas de pollos colorados y velas. Eso es de ustedes.

—Lo admito —dijo el otro, visiblemente cansado de soportarlo—. Cuando hacemos, por ejemplo, una limpieza de casa porque está llena de energías negativas, preparamos comida para los santos y sacrificamos un pollo. La ofrenda se lleva toda la maldad, ¿me comprende? Entonces dejamos el paquete en algún sitio donde los animales salvajes lo descarguen a la tierra.

—¿Animales salvajes en el barrio Las Viñas? Descubrieron un paquete de esos muy cerca de donde apareció el muerto.

El santero hizo un gesto que se podía leer como “a mí qué me cuenta”, pero dijo:

—A veces se cometen errores, somos humanos.

Se alejó de la casa con pocas cosas entre manos: varias hojas de apuntes, una invitación para que concurriera a una “bajada de santo” que celebrarían los umbanda y la certeza de que el santero se guardaba información importante. En especial porque había negado que supiera quiénes eran y dónde oficiaban a San Lamuerte.

Lo que apuntaba sus pies en una única dirección posible. Tenía que venir a verme, cosa que hizo al día siguiente, luego de concertar una cita por teléfono.

No soy de Fisque Menuco. Llegué a esta zona con una beca para investigar los cultos religiosos en el imaginario

popular desde un punto de vista antropológico; y se me tiene por un estudioso serio. Tan serio que mi tesis de doctorado nunca encuentra el punto final. No al menos mientras pueda renovar la beca.

El astrólogo esperaba ante la puerta de mi casa, cuando yo regresaba de una clase de apoyo en

\_\_\_\_\_ **Antropología**  
*Ciencia que tiene por  
 objeto el estudio del  
 hombre.*

la universidad: antropología cultural para simios de primer año de Derecho que se llevaron la materia a marzo, incapaces de reconocer la diferencia entre el culo y la bicicleta. Lo que está muy bien porque puedo ser su profesor usando la quinta parte de una neurona, y me deja tiempo para mi otro negocio, el que me importa y prefiero definir como “turismo no convencional”.

Lo dicho, Lucio Bebilaccua era un pesado. Tanto que durante más de dos horas me agotó con el relato pormenorizado, palabra por palabra, de su investigación y sus sospechas. Sospechas que incorporaban datos, para él determinantes, como que la concejal era de Géminis y el santero se había hecho el oso cuando le preguntó de qué signo era.

—En síntesis, profesor Ortíz, necesito un contacto con los de San Lamuerte, y usted es la única persona seria que puede saber dónde encontrarlos.

Tenía razón. Yo sabía. Mi tesis sobre los cultos y religiones populares me abre muchas puertas. Más, estoy seguro de que todos aspiran a figurar en un lugar destacado cuando la termine.

Así que me lo saqué de encima con un nombre y una dirección; pero algo me decía que tenía que saber en qué andaba, y le hice prometer que me mantendría al tanto

de sus avances. Hasta le aseguré que cuando coronara su investigación con una nota periodística bomba, el profesor Ortíz sumaría su sapiente testimonio. Eso me sometió al castigo de verlo día tras día, pero valió la pena.

El astrólogo encontró la casa, precaria, de adobe y techo de lata, pegada a un corralón de materiales para la construcción de Barrio Nuevo. Era una de las últimas de la calle. Un poco más allá, el desierto se perdía en el desierto.

El Barrio Nuevo, cumpliendo con una constante propia de todas las ciudades que crecen a la buena de Dios, lleva ese nombre porque es el más miserable y el más reciente. Viviendas que se levantan en las horas libres, con materiales de rezago, sobre terrenos de propiedad fiscal, a lo largo de calles de tierra tiradas con regla. Punto de confluencia de los recién llegados y de los que vienen de vuelta de todos los fracasos posibles.

La mujer que abrió la puerta era todavía joven. Pero con esa juventud de vida requemada por el sol y los trabajos al aire libre, siempre detrás de alguna cosecha.

—¿Dice que lo manda el profesor Ortíz? ¿Y cómo sé que no me miente?

Hablaba con un acento duro, cortante, como si pensara en guaraní. O en guaycurú, imaginó el astrólogo antes de responder:

—Ortíz me dio su dirección.

—Está bien —dijo—. Entre, que se me van a quemar las tortas fritas.

Y lo hizo esperar hasta que terminó de freír y preparar el mate. De tanto en tanto le echaba una mirada, como para medirlo, y seguía en sus cosas.

Con el mate, la pava y un plato de tortas fritas, lo guio hasta la parte de atrás, bajo la sombra de un encañado. Allí se estaba bien, el viento ayudaba, pero la mujer se sentó de espaldas al desierto, y Lucio ya no pudo verle la cara. Era una silueta negra contra un mar de sol que refulgía sobre las piedras hasta la ceguera.

Entre mate y mate, el astrólogo le expuso la parte que se podía contar de sus sospechas, sin decir que había hablado con el santero umbanda.

—¿Guaycurú? Si somos del norte, guaycuruses somos todos —dijo la sombra—. ¿Cómo se iba a escapar? Cruzados con gringo, seguro, y hasta brasileros; pero en el fondo...

La mujer se dejó estar en el silencio, forzando a que Lucio diera el siguiente paso.

—Me gustaría saber más sobre San Lamuerte.

Un sonido como de risa apagada le llegó desde la figura recortada, y tuvo que sostener la paciencia para no preguntar más de lo debido.

—Nos quieren cargar el muerto —dijo la mujer—. Como somos pobres, qué le hace una mancha más al tigre.

—No es mi intención.

—Es lo de menos eso. Pero no tengo miedo, ¿sabe? Estos ojos ya vieron mucho. San Lamuerte, se pregunta. ¡Qué cosa! Si fuera de los nuestros sabría, sin preguntas.

—Soy astrólogo —dijo, como si hubiera alguna conexión entre una cosa y la otra, pero no supo si la mujer lo había escuchado.

—La vida es dura, siempre —dijo ella—. Y allá en mis pagos la muerte es fácil, cosa de a cada rato. Un descanso. La gente nace con el cuchillo en la mano, ¿si no cómo podría trabajar en el campo? ¿De qué? Y el cuchillo

a veces perdona, pero a veces no. Nacimos para morir. Pero la cosa es cómo. ¿Con gritos, con pataleos, con miedo? ¿Enchufados en el hospital, a los aparatos? Una buena muerte es una bendición. Y la muerte escucha a quien le pide con respeto.

Lucio tuvo que apartar los ojos de la mujer porque sentía cómo le lloraban, maltratados por los brillos del desierto. Mordisqueó una torta frita y trasegó un mate. Tenía que preguntar.

—¿Y la magia, las maldiciones?

—San Lamuerte cuida a los hijos suyos —dijo ella, con cierta brusquedad—. Ayuda cuando hay que irse, pero no mata.

—No quiero ser pesado, pero ¿qué sabe de los embrujos, o lo que sea, con aceite y querosén?

—Vea, señor; hay de todo. Gente buena y gente mala. Gente que sabe y gente que inventa; que mezcla una cosa con la otra buscando el daño. Pero esos no son verdaderos de San Lamuerte. No son verdaderos.

Hubo otro silencio largo, en el que Lucio tuvo tiempo de pensar que no había avanzado nada. Volvió la vista hacia la mujer, sin poder evitar una lágrima, pero ella ni se movía; quieta como el recorte de una esfinge negra.

—Bueno, me parece que ya no la molesto más...

No contestó.

—Me voy, y gracias.

—Esperesé... —dijo ella. Y tal vez metió su mano entre las ropas, no podía verla, porque le tendió un objeto pequeño diciendo:

—Usted no es malo, señor. Se lo doy porque necesita ayuda.

Entre los dedos del astrólogo había aparecido un esqueleto de plástico barato con un eslabón para colgar inserto en la calavera. San Lamuerte.

—¿Por qué dice que necesito ayuda?

—Porque no soy ciega —dijo, pero agregó al instante, como para no asustarlo—. Siempre se necesita.

Confundido, Lucio Bebilaccua retornó al centro caminando bajo un sol de muerte. Tenía que empezar a buscar de nuevo, por el principio. Por la hora, todavía podía encontrar al forense en su oficina.

Al forense los amigos lo llaman el Gordo Pérez. El resto de la humanidad lo conoce por apodos más desagradables, y precisos. El forense pertenece a la clase de los gordos movedizos, frenéticos, aquellos que siempre ocupan un espacio mayor que su volumen, y que cuando entran en una habitación provocan que la gente huya, entre otras cosas para respirar un poco de aire limpio.

Lucio lo había esquivado en el comienzo de su indagación porque, las afinidades dicen mucho, Pérez era amigo de su jefe de redacción.

—Anteanoche estaba tomando una copa con tu jefe y me preguntó si habías venido a verme. ¿Qué te pasa, pibe? ¿Te querés hacer el detective? ¿Por qué no te guardás la nariz en el bolsillo? Hacele caso a este boludo, que sabe un rato largo de la vida: dedícale a los horóscopos y no me rompás las pelotas —le espetó el forense, como si le perdonara la vida y con su tono habitual: el de un hombre que siempre tiene razón.

Si Lucio Bebilaccua hubiera sido titular y no suplente, hubiera sabido ciertas cosas del forense. Por ejemplo que había recalado en Fisque Menuco huyendo de algunas

suciedades personales y oficiales. Pero no lo sabía, y actuó como un caballero:

—Le soy sincero, no me convenció la descripción del muerto. Supongo que usted no contaba con los medios adecuados.

Pérez soltó un relincho que podía haber sido risa y cesó de hamacarse en el sillón giratorio, que crujía al borde de la destrucción. Bebió el último sorbo de su lata de cerveza y la arrojó en comba hacia el cesto de los papeles. Erró lejos, y la lata fue a dormirse a los pies de un armario.

—A ver... —dijo—. Dios nos dio un cerebro y dos piernas porque si fuera al revés, seríamos personajes de videojuego. ¿O no? Usá el cerebro, pibe. ¿Alguien lo conocía? Nadie. ¡Entonces a quién carajo le importa que el tipo fuera chino!

—¿Era chino?

El gordo lo miró con ojos desorbitados, incrédulo:

—¡Estoy en el culo del mundo! ¡Todos paisanos, todos brutos! ¡No pueden entender una sutileza! ¡Quiero volver a Buenos Aires!

El gordo tiró del cajón del escritorio, pero solo le respondió un entrechocar de latas vacías. Lo cerró de un golpe y se catapultó del sillón hacia una puerta lateral.

—Te traigo una cerveza. Tomar solo es una mala costumbre —dijo, y desapareció por una escalera que descendía en la oscuridad.

Regresó casi al instante, con un par de latas que transpiraban frío, tiritando:

—Me cago en la morgue de mierda, hasta los muertos se me cagan de frío.

Y se dejó caer en el sillón, orientando el ventilador que escupía aire caliente todo para él.

El astrólogo no quiso preguntar junto a qué guardaba la cerveza. Destapó la lata y le dio un sorbo por compromiso.

—No me quiero meter con la investigación policial —mintió—. Es que por algunos datos, y una charla que tuve con el profesor Ortíz, me parece que tengo una historia sobre todo antropológica.

—Ese Ortíz no vale un carajo. Le gusta hacerse el misterioso, y acá no hay ningún misterio.

—Si usted lo dice...

El forense hizo lo inusual, se quedó quieto un momento, para estudiarlo, y cuando llegó a una conclusión le propuso:

—Te voy a decir cómo son las cosas. Total, no va a salir de entre nosotros dos. Porque voy a hablar con tu jefe, y porque si me querés cagar publicando en otra parte, te puedo hacer mierda. ¿Algún problema? Preguntá quién es el Gordo Pérez y vas a saber que es mejor tenerlo de amigo.

—Lo escucho —dijo, sacando su libreta de notas.

—¡No! —bramó el gordo—. Sin libreta, sin grabador, sin testigos. Tu palabra contra la mía.

El astrólogo lo pensó un segundo, mirando la sudorosa cara del gordo, los como mocos blancos que se le amontonaban al hablar en las comisuras de la boca, tuvo un pasajero arranque de duda sobre la integridad de la justicia y la sociedad en general, y guardó la libreta.

—Alguien quiso embarrar la muerte del chino...

—Ah... era chino.

El forense desorbitó los ojos, movió la cabeza como si dijera “no se puede hablar con tarados”, y volvió a bajar a la morgue. Retornó con media docena de latas que rebotaron sobre el escritorio. Abrió una y la espuma sacudida brotó como un géiser haciendo que diera un salto atrás para salvar los pantalones.

—En mi barrio —dijo— había muchos bolivianos. Los “bolitas” son una peste, están en todas partes. Y, te guste o no, tienen cara de chinos. Cuando era joven y nos aburríamos salíamos a patear “chinos”. No tiene gracia, no se defienden; pero son unos malos bichos, los chinos.

—Ahora entiendo. Lo que no entiendo es por qué puso lo de rasgos “negroides”.

—Por joder. ¡Por qué va a ser! Para embarrar más lo que ya estaba hasta el copete de barro.

—Varios informantes me dijeron que era un guaycurú...

—Guaycurú, boliviano, mapuche o japonés, son todos lo mismo: chinos. ¿Vos no estudiaste el mambo de las migraciones? Dejaron de ser monos, un poco, no mucho, allá por China o Manchuria, más o menos; y se pusieron a caminar con paciencia de chinos. Cruzaron por un estrecho cerca del Polo Norte, y siguieron bajando. ¡Tendrías que leer más, pibe! ¿Vos te creés que los chinos son como los de las historietas? ¿Con los ojitos así, y amarillos? Estás equivocado, pibe. Los chinos de allá son morochos, como los chinos de acá; casi negros. Y los ojos los tienen como se les cantan las pelotas: hay de todo.

El forense se tomó un respiro para abrir otra lata y probar suerte arrojando la vacía al cesto de los papeles. Erró.

—Nunca tendré futuro en el básquet.

—Usted dijo que habían embarrado el caso.

—Eso dije.

Eructó con un estruendo largo lleno de gorgoritos, para agregar:

—Algún hijo de puta me quiso pasar gato por liebre, pero lo cagué. ¿Sabés qué tenía en la mano el muerto ese? Un cacho de esqueleto de plástico.

—Eso no figura en el expediente.

—No me vengas a decir a mí lo que no figura en el expediente —contestó, con malevolencia de gordo a medio emborrachar.

—¿Uno como este?

Lucio había sacado del bolsillo el San Lamuerte.

—¡Genial! —gritó el hombre, abriendo los brazos como para festejar un gol—. ¡Genial! ¡Ya tengo al asesino! Fuiste vos. Cagaste, pibe.

—Soy astrólogo, no asesino.

—Se han visto cosas peores. Sí, era como ese, pero le faltaba la calavera. Querían hacerme creer que el tipo se lo había arrancado al asesino.

—¿Y por qué descartó esa pista? A mí me parece buena.

—Porque no sabés un carajo. Adiviná qué había a dos metros treinta de los pies del chino.

—¿Los zapatos?

—No te hagás el tonto: estaba en pelotas. Había un círculo de aceite de dendé, con una cruz en el medio.

Lucio admitió su desconcierto como pudo:

—Hasta hace unos días no sabía ni que existiera ese aceite.

—Cosas de la vida. Mi mujer es brasileña. Mi suegra es brasileña. Y la bruja de mierda se cree una cocinera del carajo. Cada vez que viene se la pasa cocinando

porquerías llenas de porotos, carne de chanco y aceite de dendé. Hasta la paciencia se me tiñe de amarillo. ¡Y la mierda de olor que tiene!

—San Lamuerte y un rito brasileño, es como que no encaja.

—¡Y claro que no encaja! Algún hijo de puta que reventó al chino y me la quiso vender cambiada. ¡A mí! ¡A papá mono con bananas verdes!

Otra lata cruzó el aire para reunirse con la primera al pie del armario.

El astrólogo esperó un tiempo prudencial viendo como el otro se restregaba la baba blanca de las comisuras:

—Usted tiene mucha experiencia. Deme una pista. Usted tiene que tener alguna sospecha.

—¿Sospecha? ¡Seguridades tengo! Fueron los chinos.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque dos más dos son cuatro. Mirá, los bolivianos están haciendo mucha plata con la producción de verduras, ¿no? Se hacen los calladitos, los buenitos, pero se están comiendo el mercado de la verdura. ¿Me seguís? Los chinos necesitan gente, trabajadores baratos... y traen “bolitas” de contrabando. Los esconden en un galpón, les dan mierda para comer y los hacen trabajar como esclavos. ¿Ves qué fácil? No están registrados en ninguna parte... alguno se les rechifló... andá a saber si no quiso que le pagaran, y lo hicieron pelota.

—Pero... ¿no tendría que denunciarlos?

El gordo bajó los pies del escritorio y se restregó la cara como si se la quisiera borrar:

—No entendés nada. Los chinos alquilan “bolitas” por monedas. Si un productor grande necesita mano de

obra barata, sin declarar, negocia con los chinos. ¿Qué es lo que quiere la gente de plata? Más plata. Si abro la boca, voy a terminar en el destierro con una patada en el culo. Vivir y dejar vivir, esa es mi filosofía, y no me puedo quejar.

Ese día, cuando Lucio Bebilaccua apareció por mi casa, estaba totalmente desmoralizado. Había perdido el hilo, y no sabía qué rumbo tomar. Pero logró ponerme los pelos de punta cuando dijo:

—El muerto era chino, me lo dijo el forense.

Debo haber tartamudeado, porque a veces me sucede, pero tardé poco en entender que el astrólogo era un hombre influenciado, y el contacto con una basura como Pérez, una basura con un olor imposible de ignorar, le había contagiado su forma de decir.

—Profesor, si no me ayuda a encontrar el camino, voy a tener que abandonar la investigación. Que al chino lo hayan matado los “bolitas” es posible, pero dejaron huellas que apuntan a los umbanda y San Lamuerte. ¿Quién me va a creer que los chinos mataron al chino si no tengo pruebas?

—Vos te creés cualquier cuento chino —dije, para arrepentirme de inmediato de ese chiste tan ramplón—. Haceme caso. Ocupate en otra cosa, porque estás muy obsesionado, y eso es malo. Vas a ver que en un par de días te darás cuenta de que no vale la pena. Al fin y al cabo, al muerto no lo conocía nadie.

Y agregué, como para cambiar de rumbo la conversación:

—¿Averiguaste de qué signo es la bestia de Pérez?

—No le pregunté, pero estoy seguro de que es de

Tauro—y se extendió en un recuento de datos que demostraban esa pertenencia.

En ese momento pensé que el asunto estaba zanjado, a lo que contribuyó el no verlo aparecer por mi casa por un par de días, pero estaba equivocado.

Mi socio en el negocio del turismo no convencional tiene una chacra en las afueras de Fisque Menuco. Grande, con manzanos demasiado viejos, improductiva. Por eso es mi socio.

No es un hombre que se asuste con facilidad, pero sospecha hasta de su sombra. Cuando me llamó para decir que un intruso en bicicleta había estado huroneando por las cercanías, que los perros lo habían corrido, primero desestimé su preocupación; hasta que una inquietud creciente me hizo pensar en Lucio Bebilaccua. Por eso no me extrañó verlo al día siguiente, esperándome al atardecer en la puerta de mi casa, con cara de insolado y una bicicleta.

Lo primero que hizo fue pedirme agua fría, y beber con desesperación. Tenía el rostro arrebolado, y en la frente la marca blanca de la gorra. Los ojos le brillaban como invadidos por la fiebre.

El sol, en enero, puede ser mortal. Pero el astrólogo todavía podía hablar.

Confuso, mezclando sus andanzas con peregrinas conclusiones respecto a que su horóscopo le era favorable, me fue enterando de lo que había hecho.

—Fui a la municipalidad —dijo— para saber dónde tenían campo los bolivianos. Y me los recorrí uno por uno. Escondiéndome. Son raros los chinos, siempre había más de los que tenían que ser.

—¿Y...?

—Fue por casualidad.

—¿Qué cosa fue por casualidad?

Me miró, con los ojos turbios, como si no hubiera entendido:

—Fue por casualidad que pasé por ahí. Había mucha gente, y cuando me vieron se metieron en la casa. Me quedé un rato escondido, pero me echaron los perros...

—Concretamente, ¿qué es lo que viste?

—Muchos chinos, bolivianos, seguro que ilegales.

—¿Bolitas? ¿Los viste bien?

—Más o menos; eran chinos, muchos chinos, pero los vi de lejos.

—¿Qué tenés pensado hacer?

—Escribir algo, y verlo al juez de turno. No puede ser que tengan esclavos.

Le alcancé otra jarra de agua y me tomé unos minutos para pensar. El astrólogo era obstinado. Vería al juez contra viento y marea.

—Te voy a decir qué podemos hacer para que vayas con pruebas más contundentes. Ahora mismo agarramos mi coche y vamos a ese lugar.

—Nos van a echar.

—A vos solo puede ser, pero al profesor Ortíz no se lo corre tan fácilmente.

Hice un chiste para darle ánimo, y salimos con el coche.

Atardecía con un horizonte rojo sangre cuando llegamos a la chacra. Traspusimos la tranquera y nos acercamos a la casa por entre el monte de manzanos abandonados. Los perros estaban atados.

Mi socio salió a recibirnos con la escopeta bajo el brazo, como si la llevara por casualidad. Pero el sol había trabajado bien en la cabeza del astrólogo, y hasta que descendimos y cambiamos unos saludos, no se dio cuenta de que nos conocíamos.

—Usted ya sabía... —murmuró Lucio Bebilaccua.

—Haceme el favor —dije a mi socio—, mostrale la gente al amigo, así se saca las dudas.

Me miró con rabia contenida porque como todos los campesinos desconfía de los intelectuales, pero hizo caso. Abrió la puerta, gritó una orden y fueron saliendo.

Una docena de chinos, con ropa de ciudad y el desconcierto y el miedo pintados en la cara.

—Ya ves. Estabas equivocado —dije a Bebilaccua—. No son “bolitas”, son chinos de China.

El astrólogo frunció la cara, como si le costara entender y solo pudiera escuchar los cortocircuitos que estallaban en su cabeza fusilada por el sol.

—¿Chinos?

—Como el que encontraron muerto. ¿Y sabés qué? Tengo que darte una mala noticia. Vos también estás muerto.

Mi socio no es de decisiones rápidas y se limitó a levantar la escopeta y apuntarle al pecho. Pero no fue necesario disparar.

Lucio Bebilaccua abrió los ojos inmensos, como si viera algo deslumbrante, se miró la mano en que apretaba el San Lamuerte y dijo, antes de caer fulminado:

—Amarillo... ¡Amarillo!

Tanto asoleo en bicicleta nos había ahorrado el mal rato.

El astrólogo había estado demasiado cerca de la verdad como para dejarlo vivo, hubiera terminado descubriéndola. Y la verdad no se inclina por las fantasías esotéricas, siempre es más prosaica, y con cierta inclinación por el dinero fácil.

Prosaica  
Vulgar.

Los chinos –de China, para no alimentar confusiones– sueñan con emigrar a Norteamérica, pero allá no los dejan entrar. Entonces hacen puente en países como el nuestro, donde pagando es posible tener papeles de residencia, no del todo legales, pero igualmente válidos para viajar a la tierra de los yanquis. Una mano lava la otra. Los ayudamos a cumplir su sueño, y ellos sangran un montón de dólares.

Una perspectiva más que interesante para un antropólogo preocupado por una jubilación de pobre, al final de años de tratar con ignorantes que adoran curiosos sincretismos. Un antropólogo que un día se entera por un amigo que se hizo muy rico que la policía les hizo saltar todos los aguantaderos de Buenos Aires. Un amigo que le dice que si encuentra en Fisque Menuco un lugar para guardar chinos hasta que les hagan los papeles, podrá gozar de un retiro dorado.

Solo que a veces los chinos se cansan de esperar amontonados y quieren escaparse, pedir auxilio a quien sea. Entonces pueden encontrarse con gente como mi socio, un pobre hombre, negado para el trabajo y los negocios, al que todo le fue siempre mal. Un convencido de que cuando suceden ciertas cosas hay que “hacer tronar el escarmiento”.

Por eso, cuando pudo atrapar el que huía, le encerró la cabeza en una bolsa de plástico hasta que murió

delante de los otros. Los ejemplos educan más allá de las dificultades idiomáticas.

Por eso, y porque sabía que Pérez, el forense, descubriría la incongruencia, sembré las huellas contradictorias del aceite de dendé y el esqueleto de plástico. Fue su arrogancia la que me ayudó a ocultar el asesinato exponiéndolo a la vista de todos.

Pero tuvo que ser en enero, un mes en que el diario local se llena de suplentes. Tuvo que ser necesario un astrólogo metido a investigador para que un paquete tan bien armado se deshilara por los cuatro costados.

Lucio Bebilaccua, sin enterarse, solo por la virtud de ser un pesado, había estado muy cerca de la verdad.

Lo dejamos, desnudo, en el mismo sitio que al primero. En la mano, el San Lamuerte que no logramos que soltara. Era suficiente. Se me escapaba una sonrisa de solo pensar en la cara del forense.

Esa vez no puse aceite de dendé. Al fin de cuentas, los umbanda me caen simpáticos. Se la pasan bailando.



Este cuento se publicó en *Doce relatos oscuros*.

---

**Si te gustó...**

*La cuestión de la dama en el Max Lange*, de Abelardo Castillo; *Las fieras*, antología del género policial en la Argentina, de Ricardo Piglia; *Triste, solitario y final*, de Osvaldo Soriano; *Poirot investiga*, de Agatha Christie; *Laura*, de Vera Caspary; *Deuda de sangre*, de Mercedes Giuffré.



Coordinación editorial

Daniela Allerbon

Edición

Pilar Amoia, Bárbara Talazac y Ariadna Castellarnau

Asistencia editorial

Débora Ruiz, Florencia Argento y Daniela Valeiro

Corrección

Gabriela Laster

Diseño de la colección

Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación

Jimena Celis

Gestión de derechos de autor

Natalia Silberleib y María Nochteff Avendaño

Digitalización

Biblioteca Nacional

Agradecimientos

Facundo Piperno, Laura Ponce, Luis Mazzarello.

---